

Milton Rossel

Un crítico de nuestro amanecer literario: Joaquín Blest Gana



UNA finalidad de propósitos se advierte en los jóvenes escritores que se agrupan en torno a don José Victorino Lastarria en 1842: la emancipación intelectual de Chile. La prolongación de la somnolencia colonial mantiene enervados los espíritus y las voluntades, sin que se adopte una actitud audaz que complete el sentido de la revolución política iniciada en 1810, a fin de que la sociedad en gestación adquiriera una fisonomía espiritual propia. Ha de ser Lastarria el héroe civil que lance el grito emancipador el 3 de mayo de 1842. Tal es la significación histórica de su discurso pronunciado en la Sociedad Literaria.

Se daban en Lastarria un espíritu vibrante y una voluntad de acción que ejemplariza escribiendo de acuerdo con su ideario de liberación intelectual, rebelándose contra la inercia y el servilismo ciudadano y fundando revistas, donde sea posible que den a conocer sus realizaciones literarias los jóvenes de su misma

vocación e idénticas inquietudes. Así, a impulsos de su dinamismo, surgen el «Semanario», en 1842; «El Crepúsculo», en 1843, donde Bilbao publica su folleto Sociabilidad Chilena que tan refractariamente fué recibido por la pacata sociedad de esos tiempos; y la «Revista de Santiago», en 1848. Efímera fué la vida de estas publicaciones; sólo se sostuvieron por el fervor idealista de sus redactores. No obstante ello, su influencia en el nacimiento cultural de Chile fué fecunda. «No menos de cuarenta escritores—dice Lastarria—habían contribuído a afirmar la trascendental influencia que tuvieron en la fundación de la alta prensa de nuestro país, el porvenir literario de nuestra querida patria quedaba asegurado, la independendencia del espíritu proclamada como base del desarrollo intelectual, y la doctrina fundada en sólido cimiento».

En cada una de estas revistas, nuevos nombres surgen a la vida de las letras. Muchos de estos noveles escritores persistieron cultivándolas, y la posteridad no los ha olvidado y más de alguno ha recibido la consagración. Otros desertaron pronto, y se refugiaron en la política donde podrían sin gran esfuerzo obtener los halagos y las satisfacciones materiales que en la heroica e ingrata disciplina de la literatura seguramente no obtendrían.

He revisado la «Revista de Santiago», no con propósitos de investigación sino movido por la curiosidad de asomarme a ese amanecer promisorio de las conciencias, desde este balcón colocado a cien años de distan-

cia. Un nombre desconocido casi para mí detuvo mi atención en la lectura de sus escritos: Joaquín Blest Gana, porque advertí en ellos una posibilidad de crítica literaria que de continuar ejerciéndola, no yacería su nombre en la fosa común de los redactores esporádicos que aparecen en revistas y diarios que sólo reviven cuando llegan hasta ellos la diligencia constante, apasionada y minuciosa de las polillas o de los bibliógrafos.

Justo Arteaga Alemparte, en sus admirables semblanzas de «Los Constituyentes de 1870», alude a la iniciación literaria de Joaquín Blest Gana: «Bien joven todavía—escribe Arteaga Alemparte—entraba en las letras con un estudio sobre la novela, al cual dió la hospitalidad de sus páginas la «Revista de Santiago», que era el cenáculo de nuestros literatos. Lastarria presidía, Bello, Irisarri, González, Valdés cooperaban al buen suceso de la publicación. Escribir en la «Revista de Santiago» era, en aquel entonces, estábamos en el año 1848, tener ya un jirón de aureola. El señor Blest Gana tuvo su jirón. Fué una esperanza». Pero no le sedujeron las letras, y fué la política quien le atrajo con su perspectiva halagadora y se adentró por sus vericuetos sin salida. En 1859, nos informa el mismo Arteaga, hace una esporádica aparición en las letras, publicando en la «Semana» un artículo de crítica sobre las poesías de don Guillermo Matta.

Una lectura más o menos atenta de los artículos de Joaquín Blest Gana nos revelan sus condiciones de

observador perspicaz, cultura humanista, buen gusto en sus preferencias literarias, estilo de frase amplia y suntuosa, recamada de adjetivos brillantes, sin que hubiera alcanzado la expresión sobria y depurada que sólo se consigue mediante una disciplina rígida y sostenida. Todas estas condiciones nos hacen suponer que si Joaquín Blest Gana hubiera perseverado en la crítica literaria, dejando una obra de mayor densidad, en la historia de nuestras letras sería considerado como un crítico que junto con valorizar las obras literarias ajenas, señalaba rumbos, rectificaba juicios e informaba de las nuevas modalidades literarias europeas, deseando para las nuestras un sentido propio, que él no medía aplicando las normas de la preceptiva, sino con un comprensivo espíritu de artista, siendo posible que hubiera llegado a la recreación. Desgraciadamente, lo que nos queda de él es demasiado exiguo. De suerte que sólo podemos considerar a Joaquín Blest Gana como un crítico lleno de posibilidades para el ejercicio de esta disciplina literaria, frustrado por haberse dirigido hacia otras actividades de la inteligencia.

En su artículo «Tendencia del romance contemporáneo y estudio de esta composición en Chile», encontramos algunas justas apreciaciones acerca del sentido y fin que ha de tener la novela contemporánea. Estima que este género literario debe tener una finalidad social y una tendencia docente. Sin duda esta orientación didáctica que propugna para la novela son resabios

del espíritu del neoclasicismo español. Aunque muchos de los jóvenes de esta generación surgen a la vida literaria negando toda tutela espiritual de España—Lasterria a la cabeza—, es manifiesta la influencia neoclásica española en los escritores que se inician el 42. Nada más lejos de la esencia del romanticismo el darles a las creaciones artísticas un fin interesado. El romanticismo prendió en ellos en su aspecto político de libertad y justicia y en un plano de meras abstracciones desvinculadas absolutamente de la realidad en que vivían. Pero literariamente son tributarios del espíritu del siglo XVIII. Esto nos demuestra que la influencia ejercida por don Andrés Bello, neoclásico por excelencia, fué poderosísima y que ninguno de sus discípulos pudo substraerse de ella. El sentido social que reclama Blest Gana para la novela, la observación atenta y minuciosa que le exige al escritor antes de su composición, es como un anticipo a los principios proclamados por Zola. Para Joaquín Blest Gana, «la novela no es ya sólo la razonada historia de las peripecias del corazón; es el animado memorándum en donde se consigna el estado moral y material de la sociedad», y, adelantándose a los novelistas de Medán, dice que este género literario es como «un hábil naturalista que estudia, analiza y descompone hasta las más ocultas fibras del cuerpo social». Advierte Blest Gana que en Chile no se han escrito novelas; pero cree que pronto aparecerán ellas, pues los motivos novelescos están en nuestra naturaleza y, especialmente,

en nuestra historia poblada de hechos heroicos rubricados con sangre en la gesta emancipadora. El sitio de Rancagua y el 5 de abril de 1818, por ejemplo, solicitan la pluma de un novelista para que los exalte con su fantasía creadora. Como una respuesta a este llamamiento, muchos años después su hermano Alberto habría de novelar en «Durante la Reconquista» uno de estos acontecimientos heroicos de la vida chilena.

Pero no se crea que para Joaquín Blest Gana la novela ha de ser un mero documento social o histórico, o simple acopio de hechos y datos cogidos de la realidad. Nada sirve todo ello si el artista no ha de insuflarles el espíritu misterioso de transfigurar los hechos más vulgares y prosaicos mediante de la creación estética. En un artículo que escribió en 1847 sobre Walter Scott, y que aparece también en la «Revista de Santiago», expresa que «muchas de sus escenas están sacadas de las páginas prosaicas del libro de la vida vulgar, y sin embargo, vemos este despreciable lodo convertirse en riquísimo oro en la mágica hornilla del hábil alquimista».

Por lo general, las apreciaciones críticas de Joaquín Blest Gana tienden a las generalizaciones. Así, por ejemplo, en los estudios a que me he referido y especialmente en sus artículos «Causas de la poca originalidad de la literatura chilena» y «Consideraciones generales sobre la poesía chilena». Por eso mismo son ellos difusos; aparecen los conceptos perdidos en medio de la fronda verbal, requiriendo un trabajo de desbro-

zamiento para poner de relieve algún juicio categórico y esencial. En su estudio sobre la poca originalidad de la literatura chilena, su acento es pesimista en cuanto a lo que ya se ha escrito: pero confía en que ha de venir una reacción favorable, cuando los poetas se inspiren en las tradiciones nacionales y completen «el desenvolvimiento de las bellísimas octavas de Ercilla en su «Araucana», eterno monumento que erigiera una hábil mano a los heroicos mártires de la libertad araucana». Esta admiración sin límites a Ercilla nos prueba que el romanticismo no había prendido literariamente en su espíritu, pues «La Araucana» nada tiene de lo que es en esencia lo romántico. Vemos también que en Joaquín Blest Gana no había, como en Lastarria, una negación absoluta de las huellas profundas dejadas por España en Chile; y, por último, esta admiración a Ercilla pone de relieve su sentido nacionalista de la literatura y su concepción abstracta de la libertad. Parece que para él lo principal en la obra literaria es el hecho de que se inspire en lo nacional. Así se justifican sus entusiasmos por «El Campanario» de Sanfuentes y por los artículos de Jotabeche, prescindiendo del valor intrínseco de estos últimos.

Entre las causas que determinan la poca originalidad de la literatura chilena se debe, según Blest Gana, a que ella no es cultivada con verdadera pasión e interés y que el medio social es refractario a la exaltación de la belleza literaria, pues el escritor no merece el menor aprecio de la sociedad. Valoriza la la-

ber del crítico y su importancia en el saneamiento del buen gusto, y se lamenta de que aun no tengamos crítica literaria. «En un país—dice—donde no existe, faltará a la literatura su más poderoso apoyo, su brújula de dirección».

Sus «Consideraciones generales sobre poesía chilena» son como un complemento de su estudio anterior. Insiste en los mismos conceptos. Considera que los poetas han sido meros imitadores, que en ellos no hay «nada de nacional, verdadero e inspirado». Formula un juicio acerca de los poetas del período llamado de la Independencia y cuyas apreciaciones críticas permanecen aún vigentes. «Vera, Henríquez y sus demás contemporáneos — escribe — no son de ningún modo acreedores al título de poeta, que más de alguna vez se les ha dispensado».

Leemos también en esta «Revista de Santiago» un «Estudio histórico sobre la fundación de Santiago», escrito por Joaquín Blest Gana. Su acento es lírico, su afán es el de presentarnos un cuadro animado y vívido de la fundación de la capital de Chile por Pedro de Valdivia y su fin el de considerar a éste como un espíritu justo, que actuó con un sentimiento democrático y humano al distribuir los terrenos de la ciudad naciente entre sus soldados. Se ven claros sus propósitos de rehabilitar el espíritu de España encarnado en uno de sus capitanes más egregios.

Su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, pronunciado en 1856, merece destacarse

especialmente. Estudia con él a Camilo Henríquez. Es este discurso una de las páginas más logradas de Blest Gana dándonos una idea exacta de su temperamento crítico. Su prosa de entonación oratoria se reviste de todo el sobrio lirismo que la circunstancia académica requiere. Su apreciación crítica sobre el fundador de «La Aurora» es de singular justeza; lo elogia en cuanto Camilo Henríquez fué un periodista preocupado de la aceleración del proceso revolucionario y de dar a conocer el pensamiento filosófico de los escritores ingleses y franceses de su tiempo y aun desconocidos en Chile. Para juzgar a Camilo Henríquez, no lo saca del ambiente de su época; por ello su figura está delineada sin ninguna proyección que le dé una medida distinta de la que le corresponde. Hay quienes consideran a Camilo Henríquez como un escritor de calidad.

Pues bien, Joaquín Blest Gana, sin dejarse llevar por el patriotismo, dice de él estas palabras justas y definitivas: «Camilo no escribía para la posteridad sino para su tiempo. No escribía como literato sino como servidor de una causa social, cuidándose muy poco de la fama de autor para acordarse sólo de su deber de partidario».

Las actividades forenses y políticas alejan a Joaquín Blest Gana de sus preocupaciones puramente literarias, aunque no las abandona en forma definitiva. Así, lo vemos obtener en 1859 un primer premio por un estudio acerca de la revolución de la independencia

en un concurso abierto por el Círculo de Amigos de las letras, fundado por Lastarria. En 1860, según nos informa Raúl Silva Castro en su exhaustiva biografía de Alberto Blest Gana, publica unas páginas de impresión sobre Ecuador, donde estuvo en misión diplomática en 1855. Es Diputado, distinguiéndose en tal actividad como orador de vibrante y apasionada elocuencia. Corona su carrera política como Ministro de Justicia y Educación Pública en dos ocasiones, primero en el gobierno de don José Joaquín Pérez y la segunda vez en el de don Aníbal Pinto. Murió en 1880.

Uno de sus últimos artículos de crítica propiamente literaria lo encontramos en «La Semana» de agosto de 1859. Es éste un largo estudio, publicado en dos números, sobre las poesías de don Guillermo Matta. Disentiendo de los juicios elogiosos con que éstas fueron recibidas, Joaquín Blest Gana aplica el severo escalpelo de su análisis crítico para atacar las composiciones de Matta. Las rechaza porque están inspiradas en el romanticismo alemán que considera nebuloso e irreconciliable con la naturaleza del alma chilena. Según él, en estas poesías aparece manifiesta la influencia de Byron y Shelley, a quienes niega toda calidad de poetas porque exaltan en sus poesías los goces del amor en su plena realización. Como una concesión al romanticismo, sólo reconoce como grandees poetas a Lamartine y Víctor Hugo, por la inspiración cristiana de sus versos. Estima que Matta está dominado por el panteísmo y que no existe en él ningún sentimiento de

religiosidad. Su punto de vista es el de un fervoroso creyente que no acepta ni reconoce nada que esté fuera de sus creencias. En tal aspecto, resulta como un precursor de las intransigencias críticas de don Pedro N. Cruz. «Arrancad al alma sus creencias—dice Blest Gana—, y habéis cegado el manantial de la verdadera poesía». Tal poesía sin religiosidad socava, según su opinión, el edificio de la sociedad. ¿Cómo aplaudir, se pregunta, la tendencia disolvente, el espíritu desorganizado que se divisa en la poesía de Matta?. Este punto de vista en que se coloca Blest Gana coincide con su posición política de adhesión incondicional a la coalición liberal-conservadora. Si bien es cierto que en este artículo notamos una limitación inexcusable para apreciar la obra literaria, advertimos en él una mayor claridad y rotundidad en los juicios, y su prosa adquiere una mayor riqueza y se hacen más precisas y desenvueltas las frases. Sus observaciones son más agudas y profundas, pero restringidas, como hemos dicho, por su falta de tolerancia en la comprensión de las nuevas tendencias literarias extranjeras.

El mérito principal de Joaquín Blest Gana es el de haber sido el crítico de un amanecer literario cuando la cultura era incipiente. Sus propósitos de liberación literaria se realizaron en las propias obras de sus hermanos Guillermo, poeta de no escasos merecimientos, y Alberto, nuestro novelista máximo.

Rescatamos del olvido el nombre de Joaquín Blest

Gana para unirlo al homenaje que se rinde en esta fecha centenaria a todos los escritores de su generación, que con el ejemplo fomentaron el cultivo de las letras en una época en que hacerlo era una empresa hazañosa, pues debían sacudir apasionadamente los espíritus enervados por la quietud de una sociedad que recién salía de la situación subalterna de colonia.